

1.- Emmanuel Macron ha declarado que “no es fácil tener 20 años en el 2020”. La llamada generación Covid, que debería salir a comerse el mundo, es consciente de que le tocará pagar la factura de esta pandemia que dejará como rastro, cuando la vacuna despeje el horizonte, una crisis económica que marcará sus vidas. El diario Le Figaro publicó esta semana una encuesta sobre veinteañeros franceses, donde se pone de manifiesto que experimentan un sentimiento de desolación y de abandono preocupante, aunque su creatividad y su compromiso les ayudan a resistir. Sus principales preocupaciones son las dificultades para seguir los estudios a distancia, la caída de su poder adquisitivo, la anulación de actividades formativas, el deterioro de la relación con los amigos, la pérdida de empleos, las rupturas amorosas y el empeoramiento de la relación familiar. La angustia generalizada (85%) es que la pandemia penalizará económicamente su futuro. Resulta descorazonador comprobar cómo en el momento en que una generación afronta su autonomía, el mundo esté inmerso en una crisis descomunal, que no solo elimina perspectivas, sino que condiciona sus libertades. Será interesante ver el grado de rebelión de la generación Covid cuando la realidad se normalice. Ojalá esta generación sea capaz de imponer otros valores, para levantar un mundo más justo y sostenible. Y su indignación no sea una excusa para tirar la toalla, sino el estímulo para poner otras bases a partir de las cuales reconstruir la sociedad (Màrius Carol, La Vanguardia, 21/11/2020).

2.- Mientras que en Europa andamos angustiados por si entramos o no en un grupo prioritario de vacunación, si nos va a llegar la de Pfizer o la de Astra Zeneca y si podremos salvar la Semana Santa o el verano, un tercio de la población mundial se está viendo abandonada una vez más. Muchos ciudadanos españoles creen realmente que las vacunas son su derecho personal, como si las hubiesen descubierto y financiado ellos mismos. Si nos fiamos de los tabloides británicos parece que la vacuna de Oxford AstraZeneca es de su propiedad. La pandemia ha generado una indigestión de nacionalismo en el mundo desarrollado. Esta pandemia revela la cara más egoísta y mezquina de la especie humana. Es urgente dejar muy claro que las vacunas anticovid solo han sido posibles gracias a la colaboración científica internacional, de modo que ni la de Pfizer es americana ni la de AstraZeneca británica, ni una futura vacuna de un laboratorio de nuestro país es española. Son un bien generado por la ciencia, y la ciencia es internacional o no es. Sin embargo, el 60% de las vacunas han sido adquiridas por los países ricos, que representamos solo el 16% de la población mundial. Los científicos no se cansan de repetírnoslo: el nacionalismo vacunal es miope, erróneo y dañino, porque una pandemia no se resuelve sin una “panvacunación”. A ver si de una vez escuchamos a los que saben de esto y no se salva solo a los de siempre. (Javier Sampedro, El País, 5/02/2021; adaptación).

3.- Crecen los edificios de acero y cristal, se ultiman modernas autovías, se levantan aceras para meter fibra óptica, los autobuses ya son ecológicos y los carriles bicis proliferan, el ocio nos viene enlatado en pantalla líquida, somos más veloces y más listos y más modernos. La hostia somos. Pero los pueblos se mueren. Esos a los que fuimos y a los que soñábamos con volver. Esos donde trasnochamos. Los de la era y el baile de las fiestas. Esos en los que dimos

el primer beso. Esos pueblos que somos. Se mueren. Más que una muerte es un crimen. Uno que acabará con un modo de vida que tiene 10.000 años. No hablamos de la España vacía. Sino de la España que vaciamos. En el segundo lugar del mundo con más kilómetros de alta velocidad, se abandona el ferrocarril convencional. En esta España que presume de Sanidad, se eliminan consultas médicas en el medio rural. Las escuelas cierran por falta de alumnos. Languidecen los servicios básicos y las oportunidades. La tierra está exhausta, el agua cada vez está más lejos y el hombre y la mujer de pueblo se enfrenta al futuro acorralados. En Las nieves del Kilimanjaro, Hemingway decía que el hecho de que el avión sea más rápido que el caballo no quiere decir necesariamente que el mundo vaya a mejor. Julieta (17 años) lo resumía así en El independiente de Granada: «Nuestra sociedad ha arrasado con todo y parece no arrepentirse de nada. Mis vecinos se mueren, mi pueblo se llena de hippies y de guiris y cada vez es más difícil aparcar, turismo rural lo llaman». No sólo es una cuestión de recuperar los pueblos. Sino de pararse a pensar para qué y para quién los recuperamos. Porque el señor con sombrero, palo de selfie y cámara de fotos que va el fin de semana a mi pueblo necesita que éste se mantenga bonito. Pero los que viven allí dentro necesitan algo más importante: necesitan que el pueblo -de lunes a viernes- se mantenga vivo. PEDRO SIMÓN El Mundo 1 abril 2019.

4.-Solía contar el director de cine José Luis Cuerda que la casa familiar de Madrid se la ganó su padre, jugador profesional, en una partida de póquer. Al escuchar una historia feliz en la que interviene un golpe de azar solemos experimentar un placer delegado, y atribuimos al ganador la inteligencia del pícaro, que es algo que en España seguimos valorando: esa ganancia en la que en vez del mérito intervienen la tentación y el riesgo. Como suele, el cine, que todo lo mejora, ha aportado un misterio, un glamour, una emoción al juego del que al menos hoy carece. Estos días comienzan a tener voz en la prensa las familias de los poseídos por el juego. Asistimos asombrados a su desesperación, al mismo tiempo que comprobamos que en los intermedios de las tertulias políticas televisivas hay un anuncio tras otro dedicado a las casas de apuestas, casinos, bingos, sea cual sea la naturaleza que adopten. Incluso son denominados locales de entretenimiento. La heroína del siglo XXI, la han llamado. Tiene algunos parecidos con aquella plaga de los ochenta: arruina emocional y económicamente a los enganchados y a sus familias, que no saben cómo auxiliarlos. Pero este específico fenómeno social es perverso en cuanto a que ha proliferado a la vista de todo el mundo, con el consentimiento de las autoridades. En la última década los locales de juego crecieron sin control y se ubicaron astutamente en los barrios más desfavorecidos; según un estudio de las Asociaciones Vecinales de Madrid, justo allí donde hay rentas bajas, desempleo y un nivel bajo de estudios. Y qué casualidad que se abrieran cerca de los institutos, dejando abierta la posibilidad de echar el lazo a jóvenes que precisan luego de ayuda psicológica para recuperar su libertad. Abandonamos a las familias en su estupefacción; incluso hay personajes públicos que cobran un dinerito por publicitar esta droga y días más tarde presentan una campaña benéfica. El signo de los tiempos, que tiende masivamente a un ultraliberalismo carente de piedad, defiende la libertad de acción. En realidad, una hipócrita manera de desatender a los excluidos. Es el camelo del libre albedrío. Como decía el neurocientífico Juan Lerma, “si eres un adicto a la nicotina y yo te ofrezco un cigarro, tú tienes la libertad de aceptarlo o no, pero si probamos 100 veces, la libertad no existe, porque lo vas a aceptar en el 90% de las ocasiones”. Marcados

como estamos por nuestro entorno, lo que unos pueden, frívolamente, definir como sucumbir a la tentación o coquetear con un placer legítimo, para otros será su ruina y la de su familia. Se respira hoy un discurso tan radical en contra de la intervención del Estado como limitador de la codicia empresarial que estamos obligados a estar alerta. Pueden tacharnos de represores o puritanos. Es la consabida coartada del privilegiado para seguir siéndolo a costa del débil.

ELVIRA LINDO, El País, 23 febrero 2020.

5.-“Mi viaje es un mensaje”, declaró Greta Thunberg al llegar a Lisboa tras cruzar el Atlántico a bordo de un catamarán, camino de la cumbre del clima COP 25. Y no puedo estar más de acuerdo con ella. Era un mensaje claro. Solo que transmitía justo lo contrario de lo que quería demostrar. Si para viajar de Los Ángeles a Madrid sin contaminar necesitas 36 días, 21 de ellos a bordo de un catamarán de medio millón de euros, el mensaje es que hoy por hoy no hay alternativa al avión. Le pese a quien le pese. Adelanto que esto no es un post anti-Greta. Nada más lejos de mi intención. Admiro a la joven sueca y creo necesaria su figura como icono de la lucha contra el cambio climático. Pero si queremos abordar el problema debe ser desde posiciones realistas y con soluciones factibles, no con soflamas que quedan muy bien en las manifas pero luego son inviables. No todo el mundo tiene un amigo rico con un barco de vela ni 21 días para cruzar un océano. ¿Un mundo sin aviones? No estoy de acuerdo en absoluto. Además de un colapso social y económico de tamaño planetario. Es como si para evitar que los coches contaminen, prohibimos la rueda. Me siento tan comprometido como el que más a reducir mis emisiones y evitar más daños al planeta, pero la solución no puede ser volver al siglo XIX. La presión popular, nuestras pequeñas acciones individuales suman, sin lugar a dudas, pero solo serán efectivas si además van encaminadas a concienciar y forzar a la industria a fabricar aviones más eficientes, a combustibles más ecológicos. No a dejar de volar. Yo no tomo un avión para trayectos que pueda hacer en tren. Pero es que el mundo es más grande que eso. Y no pienso renunciar a verlo. A mí no me da vergüenza volar. Flygskam, el movimiento sueco que pregona la vergüenza a volar me parece muy digno. Pero no deja de ser un privilegio de gentes pudientes y con suerte que vivimos en un lado del mundo en el que hay trenes buenos, rápidos y eléctricos. Dile tú a un indio que necesita ir por negocios o temas familiares de Calcuta a Bombay que se monte en un atestado tren durante día y medio mientras que en avión son menos de tres horas. O a un africano, que no tiene ni trenes. ¿Con qué cara le piden los mandatarios que han asistido a la COP25 a un mortal currante que bastante tiene con llegar a final de mes que no se vaya de vacaciones para no contaminar cuando ellos han venido en avión —muchos en Business—, se han movido en coches de combustión, han contaminado lo que han querido... ¡y han tenido la desfachatez de irse sin tomar medidas contundentes para atajar las emisiones de CO2!? Puedo invertir cuatro horas en hacer una compra responsable buscando alimentos no envasado en plástico. Pero, ¿no sería más útil una ley que prohíba esa deleznable práctica de los supermercados que envuelven cada pieza de jamón en plástico retráctil, la retiran y desechan para cortarme 100 gramos en lonchas, me las envuelven en plástico y luego vuelven a poner otro retráctil sobre la pieza... hasta que llegue otro cliente y repitan la operación? No soy negacionista del cambio climático y los que me seguís sabéis que lucho contra quienes lo son. Y aunque los talibanes de turno se me tirarán a degüello, creo en las pequeñas acciones personales que contribuyan a reducir nuestro impacto (desde el reciclaje a las compras de proximidad o el uso del tren

donde sea posible). Pero hay que hacer grandes cambios estructurales, solo con heroicidades de la gente no vamos muy lejos, es ingenuo pensar que así salvaremos el planeta. Mientras los poderes públicos no impongan medidas concretas y efectivas, el resto son gotas en el mar.
PACO NADAL, El País, 19 diciembre 2020